

como también vuestra cabra, y pagareis al provisor tres leones de oro en reparación de los crímenes que habeis cometido y confesado de hechicería, magia, injuria y de asesinato del capitán Febo de Chateaupers. ¡Que Dios reciba vuestra alma!

—Oh, esto es un sueño! murmuró la infeliz, y al momento sintió que manos ásperas se la llevaban.

IV.

Lasclate ogni speranza.

En la Edad Media, cuando un edificio era completo, ocupaba casi tanto bajo tierra como encima; á no estar construido sobre un terraplen, como Nuestra Señora de Paris, el palacio, el castillo y la iglesia estaban divididos en dos cuerpos, tenían siempre doble fondo. En las catedrales había, por decirlo así, otra catedral subterránea, baja, oscura y misteriosa, ciega y muda, debajo de la nave superior en la que rebosaba la luz y en la que resonaban de día y de noche los órganos y las campanas; otras veces la parte subterránea era un sepulcro. En los palacios y en las fortalezas ya era una prisión, ya un sepulcro, ya ambas cosas á la vez. Aquellas poderosas obras, cuyo sistema de formación y de *vegetación* hemos explicado ya, no solo tenían cimientos, sino raíces, que se extendían por debajo de la tierra en aposentos, galerías y escaleras, como la construcción de arriba. Las iglesias, los palacios y los castillos tenían enterrado medio cuerpo. Los sótanos de un edificio eran otro edificio, al que se descendía en vez de subir, y ajustaba sus pisos subterráneos al cúmulo de pisos exteriores del monumento, como esas selvas y esas montañas que se pintan boca abajo en el agua cristalina de un lago al pie de las selvas y de las montañas de las orillas.

En el castillo de San Antonio, en el palacio de Justicia de Paris y en el Louvre, los edificios subterráneos eran prisiones, y los pisos de dichas cárceles, al profundizarse en el suelo, se iban estrechando y oscureciendo; eran otras tantas zonas en las que se escalonaban los matices del horror. No pudo imaginar el Dante nada tan á propósito para colocar su infierno. Aquellos embudos de calabozos desembocaban casi siempre en un foso bajo, como el fondo de la cuba en que Dante colocó á Satanás y en que la sociedad metía á los sentenciados á

muerte. La existencia que se enterraba allí podía decir: adios, día, aire, vida, *ogni speranza*; solo salía de allí para ir al patíbulo ó á la hoguera; algunas veces se pudría allí dentro. La justicia humana llamaba á esto *olvidar*. Pesaba sobre la cabeza del reo un montón de piedras y de carceleros y toda la prisión; la maciza fortaleza era para él una enorme y complicada cerradura que le sepultaba lejos del mundo de los vivos.

En uno de estos profundos calabozos, en uno de estos escondrijos abiertos por San Luis en el *in pace* de la Tournelle, por temor acaso á una evasión, encerraron á Esmeralda, condenada á la horca, teniendo sobre ella el colosal palacio de la Justicia. ¡Pobre mosca, que no hubiera podido remover la más pequeña de sus piedras!...

La Providencia y la sociedad habían sido igualmente injustas con ella; tal lujo de desgracias y de torturas no era necesario para quebrantar á una criatura tan frágil. Estaba allí la infeliz perdida en la oscuridad, sepultada, emparedada. Fria como la noche, fria como la muerte, sin que su cabellera recibiese un solo soplo de aire, sin que un eco humano sonase en sus oídos, sin que vieran sus ojos un rayo de luz, doblegada, cargada de cadenas, acurrucada al lado de un cántaro y de un pan, que yacía sobre un poco de paja en el charco que formaban alrededor de ella las filtraciones del calabozo, sin movimiento, casi sin aliento; no podía sufrir ya más.

Febo, el sol del medio día, el aire libre, las calles de Paris, las danzas aplaudidas, las dulces pláticas amorosas con el capitán, el sacerdote, la patrulla, el puñal, la sangre, la tortura, la horca, todo eso reaparecía á su espíritu; ya como vision armoniosa y brillante, ya como horrorosa pesadilla, pero contemplando todo eso como lucha horrible y vaga que se perdía en las tinieblas, ó como música lejana que sonaba allá arriba y que no se oía ya en las profundidades en que la desdichada se había hundido.

Desde que estaba allí ni velaba ni dormía. En su infortunio, así como en su calabozo, era para ella imposible distinguir la vigilia del sueño, la ilusión de la realidad y el día de la noche; todo estaba para ella mezclado, destrozado, fluctuante y vagando confusamente en su imaginación. Ni sentía, ni sabía, ni pensaba; solo podía soñar.

Aletargada, yerta y petrificada, ape-

nas apercibió dos ó tres veces el ruido de una trampa que se abría encima de ella, sin dejar penetrar ni un solo rayo de luz, por la que una mano dejaba caer un mendrugo de pan negro. Era, sin embargo, la única comunicación que le quedaba con los hombres, la vista periódica del carcelero.

Una sola cosa ocupaba maquinalmente sus oídos: encima de su cabeza la humedad filtraba al través de las piedras enmohecidas de la bóveda y á intervalos iguales se desprendía de ellas una gota de agua; Esmeralda escuchaba estúpidamente el ruido que producía esa gota de agua al caer en el charco que había cerca de ella: el movimiento de esas gotas era el único que existía en torno suyo, el único reloj que indicaba el curso de las horas, el único ruido que llegaba hasta allí de tantos ruidos como sueñan en la superficie de la tierra.

Para decirlo todo, no debemos omitir que de vez en cuando, en aquella cloaca de fango y de oscuridad, un objeto frio que se deslizaba aquí y allá, por sus pies y por sus brazos, la producía grandes estremecimientos.

Cuánto tiempo estaba encerrada? No lo sabía. Recordaba una sentencia de muerte pronunciada en alguna parte contra alguno, despues que se la habían llevado y que se despertó helada en una noche oscura y silenciosa. Se acordaba de haberse arrastrado con las manos, que unas argollas de hierro la desgarraron los tobillos y que oyó crugido de cadenas. Recordó que se hallaba entre cuatro paredes y que á sus pies había una losa llena de agua y un montón de paja, pero que no había en su habitación ni lámpara ni ventana; entonces se sentó sobre la paja y algunas veces, para cambiar de postura, sobre el último escalón de unas gradas de piedra que había en su calabozo.

Una vez probó á contar los minutos que señalaba la gota de agua, pero pronto quedó interrumpido por sí mismo aquel triste trabajo de un cerebro enfermo, que la sumió en el estupor.

Un día ó una noche (porque la media noche y el medio día tenían el mismo color en su sepulcro) oyó encima de ella un ruido más fuerte que el que hacia de ordinario el carcelero cuando le traía el pan y el cántaro de agua; levantó la cabeza y vió pasar un rayo rojizo al través de las rendijas de la especie de puerta ó de trampa practicada en la bóveda del *in pace*. Al mismo tiempo rechinaron los

macizos cerrojos, giró la trampa sobre sus goznes y vió la gitana una linterna, una mano y la parte inferior del cuerpo de dos hombres, pues era la puerta demasiado baja para que pudiera ver las cabezas. La luz la hirió de tal modo que tuvo que cerrar los ojos.

Cuando los volvió á abrir, la puerta estaba ya cerrada, veíase una linterna colocada en un escalón de la grada y á un hombre de pié delante de la presa. Caíale hasta los piés una sotana negra y una capucha del mismo color le cubría el rostro: no descubría de su persona ni el rostro ni las manos. Parecía un largo sudario negro que se tenía en pié y bajo el cual se sentía rebullir algo: miró la gitana algunos momentos con fijeza esa especie de espectro, pero no hablaban ella ni él. Hubiérase dicho que eran dos estatuas colocadas una delante de otra. Solo dos cosas vivían al parecer en el subterráneo; la mecha de la linterna, que chirriaba á causa de la humedad de la atmósfera, y la gota de agua de la bóveda, que interrumpía el chisporroteo irregular con su monótono caer y hacia temblar el reflejo de la linterna en círculos concéntricos sobre el agua aceitosa del charco.

La prisionera, al fin, rompió el silencio, preguntando:

—¿Quién sois?

—Un sacerdote.

Esta palabra, el acento y el sonido de la voz estremecieron á Esmeralda.

El clérigo prosiguió articulando sor-

damente:

—Estais preparada?

—¿A qué?

—A morir.

—Oh! dijo; y será pronto?

—Mañana.

La gitana, que había levantado la cabeza con alegría, volvió á dejarla caer sobre el pecho.

—Falta mucho tiempo aun!... ¿qué más les daba que fuera hoy?...

—Sois, pues, muy desgraciada? la preguntó el sacerdote, despues de una pausa.

—Tengo mucho frio, contestó ella.

Cogióse los piés con las manos, movimiento habitual en los desgraciados que tienen frio, y que ya vimos hacer á la reclusa de la Torre-Roland; sus dientes rechinaban.

El sacerdote, por bajo de la capucha, recorrió el calabozo y exclamó:

—Sin luz! sin fuego! en el agua! ¡qué horror!...

—Sí, respondió la joven, con el aire de asombro que le hizo adquirir la desgracia. La luz es para todo el mundo; ¿por qué á mí me condenan á la oscuridad?

—¿Sabéis, repuso el sacerdote despues de otra pausa, por qué estais aquí?

—Creo que lo he sabido, contestó ella, pasando los enflaquecidos dedos por la frente, pero ya no lo sé.

De repente se puso á llorar como un niño.

—Quisiera salir de aquí; tengo frio y tengo miedo, y hay aquí bichos que me cosquillean por el cuerpo.

—Pues bien, seguidme.

Al decir esto, el clérigo la cogió por el brazo. La infeliz estaba helada hasta las entrañas, y sin embargo, el contacto de aquella mano la produjo sensación de frio.

—¡Esa mano es la mano de hielo de la muerte! dijo.—Quién sois?

El sacerdote se levantó la capucha y ella le miró. Era el semblante siniestro que la perseguía hacia mucho tiempo; era la cabeza de demonio que se la apareció en casa de la Falourdel por encima de la cabeza adorada de su Febo; eran los ojos que había visto brillar la última vez detrás de un puñal.

Aquella aparición, tan fatal para ella y que la condujo de desgracia en desgracia hasta el último suplicio, la sacó de su letargo y rasgó la especie de velo espeso que cubría su memoria. Todos los pormenores de su lúgubre aventura, desde la escena nocturna en casa de la Falourdel hasta su sentencia de muerte en la Tournelle, acudieron á la vez á su espíritu, pero no vagos y confusos como hasta ahora, sino claros, crudos, enérgicos, palpitantes y terribles. Esos recuerdos, medio borrados y casi contenidos por el exceso del infortunio, revivaron ante la presencia de aquel semblante sombrío, como el influjo del fuego hace resaltar limpias y puras, sobre el papel blanco, las letras invisibles escritas en él con tinta simpática. Al ver al clérigo, todas las llagas de su corazón se abrian de nuevo y brotaban sangre á la vez.

—Oh! exclamó, tapándose los ojos con las manos y con temblor convulsivo; es el sacerdote!...

Luego dejó caer los brazos desfallecidos y quedó sentada con la cabeza inclinada, fijos los ojos en el suelo, muda y temblando.

El sacerdote la contemplaba mirándola con ojos de milano, que se cieren

durante mucho tiempo en el alto cielo, alrededor de una pobre alondra oculta entre los trigos, y que vá estrechando en silencio los círculos de su vuelo, para desplomarse al fin de repente sobre su presa con la rapidez del relámpago, y ya la tiene palpitando entre sus garras.

Esmeralda murmuraba en voz baja:

—Acabad, acabad; dadme el último golpe: y hundia aterrada la cabeza entre los hombros, como la oveja que aguarda el último hachazo del carnicero.

—Os causo horror? la preguntó.

Ella no contestó.

—Decidme si os inspiro horror, repitió el sacerdote.

Los labios de Esmeralda se contrajeron, como si fuesen á sonreír, y le dijo:

—Sí, el verdugo se mofa de la víctima; ya hace un sinnúmero de dias que me persigue, que me amenaza y que me aterra. Sin él, Dios mio, ¡qué feliz era yo! El asesino á mi Febo.—Diciendo esto prorumpió en sollozos, y mirando con fijeza al sacerdote, exclamó: ¿Por qué me aborreceis? qué daño os hice?

—Te amo! le contestó el sacerdote.

Cesaron de repente las lágrimas de Esmeralda y le miró con mirada de idiota; él se arrojó á sus piés y tenia clavadas en ella sus miradas de fuego.

—Te amo! Lo oyes? repitió.

—Eso es amor!... contestó la infeliz estremeciéndose.

—Es el amor de un condenado, repuso el sacerdote.

Permanecieron ambos en silencio durante algunos minutos, abismados bajo el peso de sus sensaciones; él insensato, ella estúpida.

—Escucha, dijo al fin el sacerdote recobrando su serenidad. Todo te lo voy á decir. Vas á saber lo que hasta ahora apenas me atreví á decirme á mí mismo, cuando interrogaba furtivamente á mi conciencia en las profundas horas de la noche, en las que hay tantas tinieblas, que parece que Dios no nos haya de ver. Escucha: ¿antes de conocerte yo era feliz!...

—Y yo! suspiró la desdichada con voz desfallecida.

—No me interrumpas. Sí, yo era feliz, ó creía serlo. Era puro, tenia el alma llena de límpida claridad; ninguna cabeza se erguia tan orgullosa y tan radiante como la mia. Los sacerdotes me consultaban sobre la castidad y los doctores sobre la doctrina. La ciencia lo era todo para mí, era mi hermana, y su afec-

to me bastaba; no quiere esto decir que con la edad no me ocurrieran ideas propias de ella; más de una vez palpité mi carne al ver pasar una forma de mujer. La fuerza del sexo y de la sangre, que yo creía, adolescente loco, haber ahogado para siempre, habia más de una vez estremecido convulsivamente la cadena de los votos de hierro que atan á las frias piedras del altar; pero el ayuno, la oracion, el estudio y las maceraciones del claustro habian devuelto al alma el dominio sobre el cuerpo. Además, huia de las mujeres. Me bastaba abrir un libro para que los impuros vapores de mi cerebro se disipasen ante los resplandores de la ciencia; al cabo de pocos minutos sentia yo huir á lo lejos las cosas materiales de la tierra, y me encontraba tranquilo, sereno y deslumbrado en presencia del apacible resplandor de la verdad eterna. Mientras el demonio no envió más que para tentarme formas vagas de mujeres que pasaban en tropel por delante de mis ojos, en la iglesia, en la calle y en los prados, y que apenas se reproducian en mis sueños, le vencí fácilmente. Ah! si siempre no he conseguido la victoria, la culpa está en Dios, que no dotó al hombre y al demonio de fuerzas iguales. Escucha. Un dia...

Al llegar aquí se detuvo el sacerdote y oyó Esmeralda salir del pecho de aquel suspiros profundos. Luego prosiguió:

—Un dia estaba yo apoyado en la ventana de mi celda.—¿Qué libro estaba leyendo?... Todas aquellas cosas forman un caos en mi cerebro.—Estaba leyendo; la ventana caia á una plaza. Oí ruido de pandereta y de música; incomodado porque turbaba mis meditaciones, tendí la vista hácia la plaza. Lo que yo ví, lo veian otros, y sin embargo, aquel espectáculo no lo debieran ver ojos humanos. Allí, en medio de la plaza—á las doce del dia, dia de sol hermosísimo,—una joven bailaba. Una criatura tan hermosa que Dios la hubiera acaso preferido á la Virgen, eligiéndola para madre suya, si hubiese querido nacer de ella, si hubiese existido cuando él se hizo hombre. Sus ojos eran negros y espléndidos; en el centro de su cabellera, algunos cabellos, heridos por los rayos del sol, relucian como hebras de oro; sus piés desaparecian en sus movimientos como los ródios de una rueda que gira con rapidez. Alrededor de su cabeza, en sus negras trenzas, llevaba algunas placas de metal, que centelleaban al sol y

que rodeaban su frente de una corona de estrellas. Su tonelete, sembrado de lentejuelas, azulado y salpicado de mil chispas, brillaba como una noche de estío. Sus morenos y elásticos brazos se enlazaban alrededor de su cintura como dos bandas de seda; la forma de su cuerpo era de sorprendente belleza. La celeste aparición se destacaba luminosa sobre la misma luz del sol.—Aquella mujer eras tú.—Sorprendido, encantado, hechizado, te seguí mirando, te miré tanto, que de repente me estremecí de espanto, porque conocí que la fatalidad iba á apoderarse de mí.

Preso ya de una fascinacion, probé á asirme á algo que pudiese detenerme en mi caída, acordándome de las asechanzas con que otras veces Satanás me quiso atraer. La criatura que tenia yo á la vista poseia esa hermosura sobrehumana que solo puede venir del cielo ó del infierno; no era una simple hembra formada de barro é iluminada débilmente en el interior por el vacilante resplandor de un alma de mujer. Era un ángel, pero un ángel de las tinieblas, ángel de llama, no de luz. Mientras pensaba esto, ví junto á tí una cabra, que es animal del sábado, y que me miraba riendo; el sol del medio dia doraba sus cuernos. Entonces conocí el lazo que me tendia el demonio, y ya no dudé de que venias del infierno para causar mi perdicion. Lo creí.

Al llegar aquí, el sacerdote miró á Esmeralda, y añadió con frialdad:

—Lo creo todavía. Entre tanto el hechizo obraba poco á poco; tu danza me volteaba en el cerebro, y sentia que se iba cumpliendo en mí el misterioso maleficio. Todo lo que debió velar se dormia en mi alma, y como los que mueren sobre la nieve, sentia un placer en dejar que llegara el sueño. De repente te pusiste á cantar. ¿Qué podía yo hacer, miserable de mí, si tu canto reunia más hechizos que tu danza?... Quise huir y me fué imposible. Estaba clavado, habia echado raíces en el suelo, y me fué preciso permanecer allí hasta el fin; mis piés eran de hielo y mi cabeza ardia. Al fin quizás te apiadaste de mí, dejaste de cantar y desapareciste. El reflejo de la deslumbradora vision, el sonido de la música encantadora se desvanecieron gradualmente en mis ojos y en mis oidos. Entonces caí en el hueco de la ventana más frio y más débil que una estatua derribada. El toque de vísperas me despertó. Levantéme, huí; pero, ay! ¡habia

en mí una cosa caída que no podía levantarse, una cosa nueva de la que yo no podía huir!

El sacerdote hizo una larga pausa y luego continuó:

—Desde aquel momento hubo en mí un hombre que yo no conocía. Quise emplear todos los remedios, el claustro, el altar, el trabajo, los libros... ¡Delirios!... ¡Oh, qué hueca resuena la ciencia cuando viene á chocar contra ella con desesperación una cabeza llena de pasiones!...—¿Sabes tú, mujer, lo que yo veía siempre entre el libro y mis ojos? A tí, tu sombra, la imagen de la aparición luminosa que cruzó un día el espacio por delante de mí. Pero esa imagen no conservaba el mismo color, era sombría, fúnebre y tenebrosa, como el círculo negro que persigue largo tiempo la vista del imprudente que ha mirado fijamente al sol.

No pudiendo alejarla de mí; oyendo á todas horas tu canción zumbante en mis oídos; viendo de continuo danzar tus pies sobre mi breviario; sintiendo siempre por la noche, en mis sueños, deslizarse tu forma sobre mi carne, deseaba volver á verte, tocarte, saber quién eras y ver si te encontraba semejante á la imagen ideal que me quedaba de tí para destruir así mi sueño contra la realidad, esperando cuando menos que una nueva impresión borrara la primera, ya que ésta me era insostenible.—Te busqué, te volví á ver.—Desgraciado de mí! Cuando te ví dos veces, quise verte mil, quise verte siempre. ¿Cómo detenerse ya en el declive del infierno? Dejé ya de ser dueño de mí mismo. Hiceme vago y errante, como tú. Te aguardaba en los pórticos, te espía en las esquinas, te acechaba desde lo alto de mi torre; y cada noche que pasaba me encontraba más desesperado, más hechizado y más perdido. Sabía que eras egipcia, bohemía, gitana, zingara; ¿cómo había de dudar de tu magia? Escucha.—Esperé y creí que un proceso me librara del sortilegio: una hechicera encantó á Bruno de Ast; él la hizo quemar y se curó. Yo lo sabía y quise probar ese remedio. Conseguí que te prohibiesen ir al atrio de Nuestra Señora, esperando olvidarte si no volvías; no hiciste caso y volviste. Luego me ocurrió la idea de robarte y lo intenté una noche. Ibamos dos y yo era nuestra, cuando sobrevino el miserable oficial que te libró, dando él de este modo principio á su desgracia, á la tuya y á la mía. No sabiendo ya, en fin,

qué hacer, te denuncié á la Curia eclesiástica, esperando curarme así como Bruno de Ast. Pensaba también confundidamente que un proceso te entregaría en mis manos, que en una cárcel no podrías librarte de mí, que serías mía, que me poseías ya bastante tiempo para conseguir llegar á poseerte. Cuando se hace el mal es preciso hacer todo el mal, y es demencia pararse en la mitad del crimen: su extremidad produce delirios de alegría. ¡Un sacerdote y una bruja pueden derretirse en placeres sobre el montón de paja de un calabozo!

Te denuncié; entonces fué cuando te aterraba cada vez que te encontraba al paso; la trama que urdía contra tí, la tempestad que amontonaba sobre tu cabeza se escapaba de mí en amenazas y en relámpagos. Sin embargo, vacilaba todavía; mi proyecto tenía aspectos espantosos que me hacían cejar. Quizás hubiera abandonado dicho proyecto; acaso mi odiosa idea se hubiese secado en mi cerebro sin dar fruto. Creí que dependería de mí siempre seguir ó cortar el proceso; pero todo mal pensamiento es inexorable y trata de convertirse en hecho, y cuando yo me creía omnipotente, ví que la fatalidad era más poderosa que yo. ¡Ella fué la que te prendió y te entregó al terrible rodaje de la máquina que yo construí tenebrosamente!—Escucha, que voy á concluir.

Un día brillaba también un sol hermoso: veo pasar por delante de mí un hombre que pronuncia tu nombre y se rie; un hombre que lleva la lujuria en los ojos. Condenación! le sigo y... ya sabes lo demás.

Calló el sacerdote. La jóven solo dijo estas palabras:

—Oh, Febo mio!

—No pronuncies ese nombre, la contestó el arcediano, cogiéndole el brazo con violencia. ¡No pronuncies ese nombre, porque él nos ha perdido! O mejor dicho, nos hemos perdido unos á otros por el inexplicable capricho de la fatalidad. Tú sufres, no es verdad? Tienes frío, la noche te convierte en ciega, el calabozo te envuelve; pero quizás tienes aun en lo interior de tu alma un destello de luz, el de tu amor de niña por ese hombre vacío que juega con tu corazón; mientras que yo, yo llevo el calabozo dentro de mí; dentro de mí reinan el invierno, el hielo, la desesperación, y llevo eterna noche en el alma. Ignoras lo que he sufrido!... Yo asistí á tu proceso; yo me senté en el banco de

la Curia, y bajo una de las capuchas de sacerdote se ocultaban las contorsiones de un condenado. Cuando te presentaron ante el tribunal, yo estaba allí; cuando te interrogaron, yo estaba allí. Eran un crimen y mi patíbulo los que te perdían; puedo contar cada uno de los pasos que andaste por la vía dolorosa; estaba yo también allí cuando aquella fiera... ¡Oh, yo no había previsto la tortura!...—Escucha.—Yo te seguí también al cuarto del tormento. Ví que te desnudaban y que te manejaban medio desnuda las manos infames del atormentador. Ví tu pié, aquel pié por el que yo hubiese querido, á cambio de un imperio, dar un beso y morir; ví tu pié metido en el horrible borceguí, que convierte los miembros de un sér vivo en una masa sangrienta. ¡Ah, miserable de mí! Mientras presenciaba tu tormento, tenía yo bajo mi sudario un puñal con el que me punzaba el pecho; al primer grito que diste lo hundí en mi carne; al segundo lo introduje en mi corazón. Mirra; todavía derrama sangre!

Abrióse la sotana, y, en efecto, estaba desgarrado su pecho como por las garras de un tigre y tenía á un lado una llaga bastante ancha y mal cerrada. Esmeralda retrocedió horrorizada.

—Mujer, ten piedad de mí! Te crees desgraciada y no sabes aun lo que es el infortunio. Amar á una mujer, ser clérigo y ser aborrecido; amarla con todos los furiosos del alma, sentirnos capaces de dar por la menor de sus sonrisas la sangre y las entrañas, la fama, la salvación y la eternidad, esta vida y la otra; sentir no ser rey, génio, emperador, arcángel ó Dios, para poner á sus pies mayor esclavo; soñar y pensar en ella de noche y de día, y verla enamorada del uniforme de un soldado y no tener que ofrecerla más que la sucia sotana del sacerdote, que acaso la repugne; presenciar encendido de celos y de rabia cómo prodiga á un fanfarron imbecil los tesoros de su amor y de su hermosura; ver el cuerpo que os fascina extremecerse y palpar al contacto de los besos de otro hombre, y haber solo logrado acostarla en el lecho de cuero; esas sí que son las verdaderas tenazas enrojecidas con el fuego del infierno. ¡Feliz mil veces es aquel á quien sierran entre dos tablas y el que descuartizan entre cuatro caballos!... ¡No sabe qué suplicio es el que hacen sufrir durante largas noches las arterias que hierven, el corazón que revienta, la cabeza que

se parte y los dientes que os desgarran las manos, atormentadores encarnizados, que dan vueltas sin cesar, como sobre una parrilla ardiente, á un pensamiento de amor, de celos y de desesperación!—Perdóname, mujer! ¡Un momento de tregua! ¡Un poco de ceniza sobre esta brasa. ¡Enjuga el sudor que cae á arroyos de mi frente! Niña! ¡martirízame con una mano, pero acaríciame con la otra! ¡Mujer, ten piedad, ten compasión de mí!

Revolcábase el sacerdote en el agua del charco y se golpeaba el cráneo contra los ángulos de las gradas de piedra. La gitana le oía y le miraba. Cuando calló, jadeante y rendido, ella repitió á media voz:

—Oh, Febo mio!

El sacerdote se arrastró hasta ella de rodillas.

—Te suplico, exclamó, que si tienes entrañas no me rechaces. Yo te amo. ¡Yo soy un miserable! Cuando pronuncias ese nombre machacas con tus dientes todas las fibras de mi corazón. Ténme compasión. Si vienes del infierno, yo iré á él contigo. Todo lo que hice fué para eso; el infierno donde tú estés será el cielo para mí; dime, ¿quieres llevarme contigo? El día que otra mujer rechazase un amor semejante al mío, creería que las montañas se mueven. Si tú quisieras, qué dichosos podríamos ser!... Huiríamos á cualquier parte; buscaríamos el rincón del mundo que más alumbrase el sol, que más cubriesen los árboles, que más hermosease un cielo azul. Allí nos amaríamos, confundiendo nuestras dos almas, y tendríamos sed inextinguible de nosotros mismos, que aplacaríamos á la par y continuamente en la copa del amor.

De repente ella le interrumpió con risa terrible y estrepitosa:

—Mirad, padre, mirad! ¡Teneis sangre junto á las uñas!...

Quedó el sacerdote petrificado durante algunos instantes, fijando los ojos en sus manos, y al fin dijo con dulzura singular:

—Pues bien, búrlate de mí, ultrájame, mátame, pero ven, ven! Apresurémonos. Es mañana. El cadalso de la plaza de Grève siempre está preparado. Ver que te llevan en aquel horrible carretón, qué horror! No conocía hasta ahora hasta qué extremo te amo. Ven, sígueme. Despues que te haya salvado la vida te tomarás el tiempo que quieras

para amarme. Me aborrecerás todo el tiempo que querrás... Pero ven. ¡Mañana! mañana! La horca! tu suplicio! ¡oh, sálvate! ten compasión de mí!

Claudio Frollo cogió por el brazo á Esmeralda, porque estaba loco y quería llevársela á la fuerza. Clavó en él la mirada la gitana y le preguntó:

—¿Qué ha sido de mi Febo?

—Ah! exclamó el sacerdote soltándola el brazo; no tienes compasión!

—¿Qué ha sido de Febo? repitió ella con frialdad.

—Ha muerto! contestó el clérigo.

—Ha muerto! contestó glacial é inmóvil; ¿entonces por qué me proponéis que yo viva?

Claudio Frollo no la escuchaba.

—Oh, si! decía hablando consigo mismo, pero en voz alta: debe haber muerto. La hoja entró muy adentro, y la punta creo que le llegó al corazón. Yo vivía hasta la punta del puñal.

Arrojóse la gitana sobre él como una tigre furiosa y le derribó sobre las gradas de la escalera con una fuerza sobrenatural.

—Vete, monstruo! vete, asesino! ¡démame morir! ¡Que la sangre de Febo y la mia marquen en tu frente un borron eterno! ¡No he de ser tuya jamás, jamás! No nos reunirá ni aun el infierno! Vete, maldito, vete!

Claudio Frollo tropezó en la escalera: desenredó sin decir palabra los pies de los pliegues de la sotana, cogió la linterna y empezó á subir lentamente los escalones que conducían á la puerta; abrióla y salió. De repente volvió á ver la gitana su cabeza, que presentaba espantosa expresion, y oyó que decía con rabia y desesperacion:

—Te digo que ha muerto!

Cayó la infeliz boca abajo, y ya no se oyó en el calabozo otro ruido que el suspiro de la gota de agua que hacia palpar el charco en la oscuridad.

V.

La madre.

No creo que haya en el mundo cosa más risueña que las ideas que se despiertan en el corazón de una madre á la vista del zapatito de su hijo; sobre todo cuando es el de los días de fiesta, el de los domingos y el del día del bautizo, zapato bordado hasta por debajo de las suelas, y con el que ni siquiera un paso ha andado aun la criatura. Dicho

zapatito es tan pequeño, tiene tanta gracia y está tan imposibilitado de andar, que es para la madre como si mirase á su hijo. La madre le sonríe, le besa y le habla. Se pregunta á sí misma si es posible que un pié sea tan pequeño, y aunque el niño esté ausente, le basta el zapatito para representarle á la dulce y frágil criatura; cree verle, le vé vivo, alegre y con las manos delicadas, con su cabeza redonda, con sus labios puros y con sus ojos serenos. Si es en el invierno, allí está arrastrándose sobre la alfombra, escalando laboriosamente un taburete, y la madre tiembla de que se acerque al fuego; si es en el verano, rastrea por el patio, por el jardín, arranca la yerba entre las piedras, mira inocentemente los perros grandes y sin miedo los caballos grandes; juega con las chinitas, con las flores, y hace gruñir al jardinero porque éste encuentra arena en los acirates y tierra en los andenes. Todo rie, todo brilla, todo juega alrededor de él. El zapatito hace ver todo esto á la madre y la derrite el corazón, como el fuego á la cera.

Pero cuando el niño se perdió, las imágenes de alegría, de hechizo y de ternura que se agolpaban á la vista del zapatito, se convierten en otras tantas imágenes horribles. El hermoso zapato bordado ya solo sirve de instrumento de tortura que martiriza el corazón de la madre. Siempre hace vibrar en ella la fibra más profunda y más sensible, pero en vez de ser para ella un ángel que la acaricie, es un demonio que la pincha.

Una mañana, mientras brillaba el sol de Mayo en uno de aquellos cielos en que colocaba Benvenuto Garofalo sus descendimientos de la cruz, oyó la reclusa de la Torre-Roland ruido de ruedas, de caballos y de herraje en la plaza de la Grève. Poco llamó esto su atención: anudóse los cabellos sobre las orejas para no oír, y volvióse á contemplar el objeto inanimado que estaba adorando ya quince años; el zapatito, que era para ella el universo: todos sus pensamientos estaban encerrados en él y no debían salir de allí hasta su muerte. Solo ha podido saber la sombría covacha de la Torre-Roland las amargas imprecaciones, las quejas lastimeras, las súplicas y los sollozos con que habia importunado al cielo; jamás presenció tanta desesperacion objeto tan lindo y gracioso. Aquella mañana parecia que su dolor era más violento que otras veces, y desde fuera se la oía lamentarse en voz

alta y monótona, que partía el corazón.

—Hija mia! exclamaba, ¡pobre y querida hija mia! Ya no te veré nunca! nunca! Todo ha concluido para mí! Me parece que me sucedió ayer. ¡Dios mio, Dios mio, para quitármela tan pronto valiera más no habérmela dado! ¡Fuí una miserable por haber salido aquel día de casa! ¿Tan pecadora era, Señor, que no podiais echarme una mirada antes de condenarme? Dios mio! ahí está el zapato; pero el pié, dónde está? ¿Dónde está lo demás? ¿Dónde está la criatura? Hija mia! hija mia! ¿qué han hecho de tí? Señor, devolvédmela! Mis rodillas se han desollado rezándoos quince años; no os parece bastante? Volvédmela, un día, una hora, un minuto, un solo minuto, Señor, y arrojadme luego al infierno por toda la eternidad! Si yo supiera encontrar el sitio por donde arrastra una punta de vuestro manto, me asiría á ella con entrambas manos y no tendríais más remedio que devolverme á mi hija. ¿No teneis piedad, Señor, de su primoroso zapatito? ¿Sois capaz de condenar á una madre á este suplicio de quince años? Santa Virgen, Niño Jesús, me la quitaron, me la robaron, la devoraron en una pradera, han bebido su sangre y han masticado sus huesos; ¡tened piedad de mí! de mi hija! ¡yo quiero mi hija! ¡Dios mio, no me deis más que sal y pan negro con tal de que me devolvais á mi hija y que ella me caliente como un sol! Yo era una vil pecadora, pero mi hija me redimía; su amor me hizo volver al seno de la religion y yo os veia al trasluz de su sonrisa como por una abertura del cielo. ¡Que pueda una vez, una sola vez, calzar este zapatito en su lindo y rosado pié, y moriré, Virgen Santa, bendiciéndoos! Quince años han pasado; ya seria una hermosa mujer... ¿Será cierto que no la veré ya nunca, ni en el cielo?... Porque yo, yo no iré á él... tengo aquí su zapatito y nada más!

La desdichada se arrojó sobre él, su consuelo y su desesperacion de tantos años, y la aniquilaban los sollozos como el primer día; porque para la madre que perdió el hijo, todos los días son el primero en que le perdió. Este dolor no envejece; el traje de luto se blanquea y se desgasta, pero el corazón siempre permanece negro.

Se oyeron en aquel momento frescas y alegres voces de muchachos que pasaban por delante de la celda. Cada vez que oía estas voces la pobre madre, se sepultaba en el ángulo más sombrío de

su sepulcro, y parecia querer hundir la cabeza entre las piedras para no oirlas. Esta vez, por el contrario, se levantó con sobresalto y escuchó con ansiedad: uno de los muchachos acababa de decir:

—Hoy ahorcan á una gitana.

Corrió al oír esto á la ventana, que caía á la plaza de la Grève, y vió, en efecto, una escalera arrimada al patíbulo permanente y al maestro de las bajas obras que estaba arreglando las cadenas enmohecidas por la lluvia. Alrededor de la horca habia un grupo numeroso de público.

La alegre bandada de muchachos estaba ya lejos. La reclusa buscó con la vista alguno á quien poder preguntar. Inmediato á la covacha distinguió á un clérigo que aparentaba leer en el breviario público, pero que estaba menos atento al *atril de hierro enrejado* que al patíbulo, hácia el que lanzaba de vez en cuando una mirada sombría y feroz. La reclusa reconoció al señor arcediano de Josas.

—Padre mio, le preguntó, ¿á quién van á ahorcar?

Miróla el sacerdote y no la respondió; ella repitió la pregunta: entonces aquel dijo:

—No lo sé.

—Han pasado por aquí unos niños diciendo que era una gitana, prosiguió la reclusa.

—Creo que sí, contestó el clérigo.

Entonces Paquita la Chantefleuri soltó una carcajada de hiena.

—Hermana, la preguntó el arcediano, aborreceis á las gitanas?

—Que si las aborrezco? exclamó la reclusa; ¿no he de aborrecerlas, si son vampiros y ladronas de criaturas? ¡Me han devorado á mi hija, mi única hija! ¡y ya no tengo corazón, porque ellas se lo han comido!

Diciendo esto la reclusa estaba espantosa; el sacerdote la contemplaba con frialdad.

—Existe una que yo aborrezco más que á todas y la he maldecido; es una jóven de la edad que tendria mi hija, si no me la hubieran devorado. Cada vez que esa vívora jóven pasa por aquí me revuelve la sangre.

—Pues bien, hermana, alegraos, le contestó el sacerdote, glacial como la estatua de un sepulcro; esa es la que vais á ver morir.

Claudio Frollo inclinó la cabeza sobre el pecho y se alejó lentamente.